

De la Avaricia

Capítulo XIII

El tratado de la Avaricia, 140.

Donde se descubre la ingeniosa manera que usó el cura para dar su banquete, sin que le costase un maravedí, y se trata de Sancho Panza y la revuelta en que se vió metido muy á pesar suyo.

En tanto que el amo esto pasaba con aquel gremio eclesiástico, el criado á su vez comia con la gente de casa y otra de la calle no poco numerosa. La fama que el ricario no era un limon, y que nunca se vieron pobres á sus puertas, áun cuando sus proventos fuesen cuantiosos, y le sobrasen para el bien de sus semejantes, en siendo caritativo. Banquetes, nunca en la vida: todo era quejarse, morir de hambre, pedir, socatinar, y áun trampear y extorsionar con mengua del pundonor, y hasta de la honra. La avaricia suele ser algo sacerdotal: se inclina á alojarse en los curatos, donde vive á su genio, sin que las exigencias de la corte le obliguen á gastar dos velas, ni la importuna sociedad humana esté reparando en el vestido. Oln mantee le dura media vida, si es durar el ir flotando arambeloso y ceniciento. La avaricia es insociable, porque teme oler al dinero que cuenta cada noche, y por lo mismo que para ella es delicioso ese tupillo, desea no lo perciban los demas, pues otra de sus prendas es el

equivocismo. Si llega un huésped a su casa, grita desde adentro: Díganle que estoy enfermo! Si un pobre gime a sus umbrales, mándale que vuelva. La avaricia es ignorante: no sabe que en pudiendo dar hoy mismo, no decimos: "Vuelve, mañana te daré." Con toda su ignorancia, tiene su filosofía: se acomoda a lo humilde, se contenta con poco, nada exige de sí misma. Abstinencia, continencia, humildad son cualidades esenciales en ella. Pero no le faltan sus defectos: se queja de la fortuna, y maldice de sus semejantes: es muy desgraciada, no tiene que comer ni que vestir, todo lo ha perdido. Los tiempos son calamitosos; las cosas de primera necesidad, carísimas. Le ha pisetas contra los vendedores; no hay quien no le engane y le robe. En sus dependencias y negocios, le quitan la capa: el zapatero es un ladrón, el sastre no existe. Lo que puede hallar de balde, no compra: siendo preciso comprar, opta por lo usado, lo viejo. El buhonero es su proveedor: éste da todo barato: sus bujerías son tan buenas como, y aún mejores que las de la tienda mercantil. Si le faltan anteojos, los halla a precio cómodo, que han servido a una viuda, encajera, un boticario, un alquimista, y de generación en generación han venido a parar al puente, donde el mereachife tiene su cajón al lado del ciego limosnero. El libro que necesita, hélo allí, sobado de mugre, roído de insectos, carecomida la pasta, amarilladas las hojas; pero lo compra, pues dice lo mismo que el dorado y flamante que se gallardea en rica librería

pregonando insolente su valor de príncipe.

La avaricia es muy despreocupada: no si- que las modas, desprecia el qué dirán, no muda sombrero por nada desta vida, aún cuando las materias sebáceas le corran en hilos a lo largo del rostro, y resplandezca al sol como de plata. Otras veces el avaro está de moda, es a saber, cuando vuelve lo que privaba ahora cuarenta años.

La avaricia duerme poco, es vigilante; su cama, no mejor que la de un santo. El estregar las manos y el quejarse de la temperatura son los quantes y la sobreveste del avaro en tiempo frío: en la estación del calor, está perfectamente con su chamberga de paño burdo. Recia, contra el clima, pero tierna y sentidora la avaricia. Ama, y se apasiona: su amante es el dinero, adora en él: no es una virtud el amar mucho? La avaricia tiene esta propiedad, y en grado superior, endiosa al objeto de su cariño, bien que su culto es antireligioso. Ayunanta siempre, come para vivir, no vive para comer: si por las privaciones y la abstinencia se va uno a la gloria, ella la tiene ganada, y volará a sentarse junto con la hipocresía, esa matrona venerable que oye misa puesta en cruz, besa la tierra a cada campanillazo, y se da de moficones en el pecho, cabizbaja, cerrados los ojos. La avaricia detesta el lujo, aborrece a los que andan bien traídos y garbados con ese despejo señoril que comunican a la persona la pulcritud y la elegancia. En el hogar es austera y repunfionona, prolija y hacendosa:

todo tiene medida, y cada dia quiere ahorrar un poco más, cercenando de lo necesario, que para ella es superfluo. El pan es cosa de ricos; el dulce, de golosos; el vino, de borrachos: si no hay una cosa, no se compra! piensan que está podrido en plata.

No siempre se ordena ese personaje: en ocasiones se decide por la toga, y es buen abogado. Si el litigante anda escaso en las ofertas, la causa es mala; si sube el precio, no es imposible ganarla; si puya todavia, la causa es buena, y se promete sacar sobre sus hombros al que se fia de sus luces y su provida. Golilla más advertido!

En su casa, todo es un puro desperdicio con esas mujeres indolentes que no han de parar hasta no verte con bordon por puertas ajanas. Las enfermedades de su familia las cura con yerbas: la botica es un emporio de venenos, un bribon el boticario. Se irrita de que otros medren, y piensa que en ello le depraudan. El gana mucho, y todo lo esconde, lamentándose sin cesar de los tiempos que alcanzamos. Siempre está atrasado: la mujer y las hijas le arruinan con ese gastar sin término, como si él fuera un potentado; y andan las pobres con zapatos en chaneteta, manto descolorido, y una saya contemporanea de Pelayo.

La avaricia es todo, pero huye del libertinaje: el libertino es maniroto, sus bienes de fortuna se le van por los placeres, cosa del todo contraria a esa madre del hambre. En hallando vicios de

cion de dia, infundiendo pavor de noche.

Pues el dueño deste árbol lo derriba: estaria bien castigado con la horea el asesino? Rayo, fuego, hacha de los enemigos, todo, todos le han respetado treccientos largos años; y un dia le ocurre á su dueño sembrar habas en el espacio que él ocupa, y en media hora lo echa al polvo: seria más criminal el que oradase el mundo y lo hiciese volar en pedazos? Hombres hay que abandonan en una playa pedregosa al caballo que de viejo no puede ya servir; amos que por fuerza dan la libertad al esclavo anciano ó enfermo, y libre, le ponen en la calle cuando no puede ganar la vida; ¿no ha de haber dueño que derriba un árbol centenario? Pero de dónde sabe el monstruo qui' secretos divinos sepulta en el olvido con esa destruccion sacrilega? De dónde sabe qui' esencia coneretada y preciosa han depositado los siglos en ese hijo de la tierra? De dónde sabe qui' hace allí ese monumento vivo, y qui' santas relaciones tiene con la madre naturaleza? Todo lo acometen los impios: los toscos, los prosaicos, los de entrañas groseras son impios, y andan ofendiendo á cada paso á esa divinidad amable que se llama poesia. Estos cortan la lengua alruiseñor, porque les incomoda su gorges; y si pudieran echar agua sobre el lucero que está ardiendo en la bóveda celeste, lo apagarán. Estos no son poetas.

Don Quijote y el obispo de Jaen lo eran más que el propietario de aquellos cipreses: ya de miedo del uno, ya por respeto hacia el otro, el viejo se excusó como pudo, y se ratificó en la promesa de no llevar adelante obra que en ninguna manera habia juzgado digna de vitu

parte diese cabida á las miradas de los transeuntes ni de los vecinos, mas no por menos de tres mil sestercios. Seis mil os doy, contestó el romano, como me la hagais de suerte que por todos los lados se le vea el interior. La avaricia no puzga de este modo; ántes quiere tener fueros inviolables. Si en su mano estuviese cerrarle el paso á la luz, viviria llena de júbilo en tinieblas. La mezquindad es una larva inmundada: cuando está madura, se convierte en avaricia, bien como de la rata vieja se forma el murciélagó, segun que piensa el vulgo.

Si el huésped de don Quijote se daba la mano con Harpagon, mucho que lo afirman las historias; pero es lo cierto que ese dia todos nadaban en la abundancia, pues á puero de ingenioso el cura habia imaginado el modo de servirse un banquete á ninguna costa; y era imponer sobre sus peligrases una contribucion de platos de todo linaje, con decir que era cosa de la Iglesia, y que yendo la Virgen en persona por la madera, seria poco cristiano el no festejarla con alguna piadosa demostracion á su regreso. Gravó, pues, con un manjar á cada familia de viso, tal que sus manteles se cubriesen tres ó cuatro vueltas, y los postres fuesen acomodados á ofrecerlos á su Santidad en persona. Á una impuso las sopas, á otra los asados; á esta los rellenos, á esa las ensaladas; las tortas á cual, los dulces á tal; á la de acá el pan, á la de allá el vino; y así fue

balde, ó sobre tarja, el avaro se duerme en ellos sin cuidado, como quien sabe que no es suyo el pagar deudas. La avaricia piensa de buena fe que todo lo merece, todo se le debe, y el acumular della importa más que el gastar en lo necesario de los otros. Nunca se le tiene más gustoso al avariento que cuando se le hacen regalos: pedirle algo es despertarle la cólera; obligarle á dar alguna cosa, es asesinarle. La avaricia tiene estrecheces por donde no pasa ningun afecto noble. Cuando niña se llama mezquindad; madura, toma el nombre de codicia; vieja, ya sabemos como se llama. El muchacho mezquino, de seguro será hombre codicioso y viejo avaro.

Nadie entre á casa de un mezquino á horas de comer: más que imprudencia, es atrevimiento el meterse por sus puertas cuando está mascujando su ralea, bien que eso no sucede sino por su propio descuido: el comer es en el codicioso como ^{el} hacer una muerte: atranca la puerta, se oculta, y no responde si se la echan al suelo. El pobre es ingenioso y franco; raras veces se ruboriza de la sencillez de su casa: el ricopobre, esto es el avaro, todo lo esconde, se esconde para todo, porque todo en su hogar anda revuelto en la miseria. Hace bien de ocultarse: si á él no le gusta le sorprendan, ménos gusta á los demas enterarse de sus ruines costumbres.

Alnos arquitectos oprecieron á un romano ~~+~~ ilustre edificarle su casa de modo que por ninguna

Capítulo XLVII

576.

Copier

De lo que les sucedió á don Quijote y su escudero mién-
tras andaban deseaminados por Sierramorena.

Descripción de la tarde

Dos dias ^{andado} ~~caminado~~ los aventureros sin que les hubiese acontecido cosa digna de memoria, y se hallaban por las faldas de Sierramorena solos y sin camino. Esto era lo que le convenia á don Quijote: se imaginaba ver dentro de poco, ya una doncella andante puesta sobre un leon á merriegas, ya un jayán llevándose robada un princesa, ya un enano que le traía una comision amorosa de su reina y senora. Embetido en estos pensamientos, iba por esos matorrales, baja la cabeza, floja la rienda, el paso á la voluntad de su caballo. Era tarde, y de las más hermosas, desas en que el firmamento se viste de pontifice, rodeado de púrpura, grande, resplandeciente, soberano. Su bóveda estaba limpia y azul por los ámbitos superiores, azul-oscuro que diera una idea de la noche del cielo, si noche hubiera en las regiones de la luz eterna. El horizonte circuido desas nubes que arden sin calor, bañadas y penetradas por los rayos del sol hundido ya en un abismo luminoso; nubes en forma de alcázarres y domos, ó á manera de torres gigantescas: unas moviéndose blanda y majestuosamente envueltas como vellones enormes; otras en figuras de animales inauditos erinados de oro, con cabezas y co-

las formidables. Algunas nubecillas descarriadas vuelan entre tanto por lo alto de la concavidad celeste, prendidas en suave fuego de color de rosa, tan leves, tan puras, tan bellas, que sin esfuerzos de imaginacion la poesia ve en cada una un serafin ^{que está} viajando por el universo. La montaña resplandece hacia el oriente, cubiertos los hombros con una mureta de oro, mientras la oscuridad, ganando trecho por sus faldas, va persiguiendo á la luz que se escapa por las cumbres. A ciertas horas el cielo es un poema sublime escrito por la mano de Dios en caracteres dignos de la belleza infinita: cuando se oscurece y truena, y una ventisca helada ^{agota} ~~agota~~ la tierra, el cielo es una pinebre elegia. Don Quijote de la Mancha no era insensible á los primores de la naturaleza; esta ocasion empero, todo metido dentro de si mismo, absorba su alma en sus memorias y esperanzas, no echó de ver la grandiosidad del mundo, y con cuanta pompa y magnificencia le cobijaba la bóveda celeste. Nada bastara para sacarle de sus pensamientos, sino algo que oliese á aventura, con respecto á las cuales su ánimo y su brazo estaban siempre listos.

"Por las cinco Uagas de Nuestro Señor Jesucristo y los dolores de Maria Santisima!" ~~exclamó~~ ^{exclamó} por ahí una voz cascada y muerta de hambre; "una caridad á este pobre ciego". A Sancho Panza se le fue la sangre á los zancajos: las palabras no podian ser más católicas; pero en nada confiaba yendo por semejantes despoblados. Era el de la depreca.

que de súbito se les mostró á la vista. Era un ca-
 dáver tirado por el fango: tres ó cuatro perros se esta-
 ban aprovechando de él, en tanto que algunos cuer-
 vos esperaban su vez, parados sobre un elecho. ~~¶~~
 Apartáronse los perros muy de mala gana al lle-
 gar gente, y se dejaron estar á cuatro pasos, vol-
 viendo al regosto con lamerse golosamente las na-
 rices: mechones de pelo enredados en los dientes
 de uno dellos indicaban que ese había acometido á
 la cabeza, mientras que otro tenía entre los su-
 yos un giron de la tela que arrancara con car-
 nes y todo. Paróse don Quijote, Sancho se quedó co-
 mo un bausan, y diera al traves consigo, si la
 voz de su señor no le reanimara diciendo: Este sin-
 duda fué un bandolero á quien la Santa Her-
 mandad asactó donde lo echó mano, sin que
 fuese deber suyo llevarlo á Perabrillo. No te mue-
 ras, Sancho, y mira lo que hacen Dios y el rey de
 los malvados. La una mejilla estaba desgarrada
 junto con el labio superior; encias y dientes se
 reían de por sí diabólicamente: el ojo izquierdo se
 lo comió una ave inmunda; el derecho ha salido
 de su cuenca, y está colgando sobre esa horrible ca-
 ra. Al descubrir la sogá que se perdía en la hin-
 chazon de la garganta, dijo Sancho: Dios nos
 guarde, señor: este ha sido ahorcado: mire allí
 vuesa merced el otro cabo en ese árbol. Lo colga-
 rian para asactarlo, respondió don Quijote, y
 como lo pusieron á toca no toca, los perros han
 dado con él en tierra. El brazo trae desnudo has-

Ta el hombro el varon' inetito: si no me enga-
 no, son letras esas que lleva en la piel: "Igna-
 cio Sarrin". Su nombre sin duda. Tal suele ser la
 costumbre destos señores: unos se puntan en
 las carnes el nombre de su coima, otros el suyo
 propio. Vente tras mi, Sancho; destos objetos, los
 menos. Echó á andar el caballero, Sancho tras él,
 desapareciendo este buen hombre bajo el monton
 de cruces que se iba tragando unas sobre otras en
 el cuerpo. El sol, fuera ya del horizonte, rompía en-
 tre encendidas ^{nubes}, tan vividos sus rayos, que los
 ojos podian aprontar apenas la orilla de su disco,
 que surgia lento y majestuoso de un nubarron
 oscuro, pedestal de su trono sublime. Arriba, todo
 era púrpura, y bandas resplandecientes de color
 de oro; abajo, para contraste de los que se miran en
 el cielo, nubes rostrituertas, negras como el demonio,
 le daban paso tras ellas, dejándose quebrantar la
 cabeza por el representante del Todopoderoso. El po-
 bre del hombre, dijo don Quijote, muere como vive:
 piensas, buen Sancho, que ese miserable haya sido
 el hijo de las virtudes? Los crímenes, los vicios hi-
 cieron en su alma los mismos estragos que han he-
 cho los perros en su cuerpo: asesinato, robo, traicion,
 atentados contra el pudor, perjurio, calumnia son
 bestias feroces e inmundas que devoran á los per-
 versos. Ignacio Sarrin... ^{¿yo sé poco, ó estás algo}
^{dió en llamarse Ignacio de Leintemillo.} ~~Ignacio Sarrin~~
~~estaba con el nombre que se le da.~~ En el primer lu-
 gar á donde lleguemos nos darán noticia de aquel
 agusticiado. La hombría de bien y el temor de Dios

ma es ancha como un aventador, monigote fermentido? y áspera, no carrasposa, como una piedra pómez, faratero? y sus dedos rehechos y nudosos, espia de ladrones? Yo os haré ver que el ancho, el nudoso, el carrasposo sois vos, señor tunante! Y le hizo ver en efecto eso y algo más con un gentil porrazo en la cabeza, ~~donde por un tris no rompe el asta de su lanza.~~ El bueno del escudero estaba muy hecho á llevar palos; más cuando se los daba su señor, venia como á resentirse, con decir que así le pagaba servicios y cariño. Pero como una de sus prendas más sobresalientes era la humildad, no echaba plantas sino cuando veia de mucha paciencia á su amo, ni la historia ~~da~~ da noticia de que se hubiese puesto á contrastar con él sino una vez, y esto por librarse de ser amarrado y azotado; es decir en ejercicio de un natural derecho.

Oficio del Broze

Todo el que tiene las fuerzas necesarias para defenderse de una pena infamante, debe servirse dellas contra sus opresores injustos, como no sea de padres á hijos, entre los cuales no caben esas penas, y se ha de suponer que lo que con ellos pasa tiene por fin la obligacion del uno, el provecho del otro. De ~~amos~~ amos á criados va mucha diferencia: con éstos suelen usar de injusticia y barbarie los hombres violentos; en este caso ningun medio más eficaz de salvacion que la humildad, porque esta prueba de flaqueza, respeto y sometimiento apaga la cólera como una mirada de Dios, de quien procede todo remedio. El que castiga sin enojo, cumple un triste deber, ó lleva

adelante un horrible sistema: si no hay positiva, de
 se por lo menos haber cólera facticia para dar una
 cruda punición: sólo las leyes castigan, no por irri-
 tadas sino por justas e inexorables. ¿Mas para qué
 nos hierve la sangre en las venas sino para ha-
 cer sentir que vivimos y nos animan pasiones?

Mucho más sabio me parece aquel filósofo que en un
 arranque de furor contra su criado corre y se encierra
 en su aposento, que el otro cuya serenidad se extrema
 hasta lo inverosímil, pues se está leyendo tranquila-
 mente mientras desuellan en su presencia un
 hombre á látigos. Señor, clama la víctima, vos predi-
 cais el suprimiento, enseñais la dulzura á vuestros
 discípulos, y soltais la rienda á la ira con vuestros
 servidores. Por dónde ves que yo esté con ira? responde
 el filósofo. Y dirigiéndose al verdugo añade: prosigue, ~~o~~
 amigo, mientras nosotros dilucidamos este punto.

Ni el ánimo sereno, ni la grandiosidad de apociones
 de un filósofo. Bien se puede creer que bajo esa menti-
 da calma obraba el odio irritado, siendo imposible cas-
 tigar desa suerte sin cólera excesiva. Conviene una
 mediana exaltacion para acertar en lo justo: ni un
 monstruo de paciencia filosófica, ni un monstruo
 de furor y desapoderamiento. Lo preciso ser del todo
 malo, para maltratar sin ira á un hijo ó un criado;
 y ha de ser muy imprudente el que no se encierre
 cuando se encuentra enfurecido: en este caso la pena
 no guarda proporcion con la culpa: la ira es ~~un~~
 pésimo regulador de las acciones.

Sancho Panza era de suyo humilde, su amo de buen

Capítulo XXXVIII

459.

Donde se da cuenta del grave asunto que trataron algunos de los personajes desta historia.

Hablóse de puntos varios, y de una en otra vinieron á discutir el tan ameno de las letras humanas, como que el marques de Parambaina tiraba siempre á esa materia, donde su ~~erudito ingenio~~ solia dilatarse en oracion esplayada y grandiosa. Varias veces coronado en el seno del hogar domestico, su fama entre los suyos era de gran ^{cultivo} filósofo y poeta; ni él la daba por menos, y se ponía sobre todos, rebajando á los demas hasta verlos para abajo, áun quando para esta superioridad hubiese de encajarse sobre un asno. Ni Virgilio Maron salia con bien de entre sus manos, siendo él censor como era, tan prolijo y minucioso, que en el centro del mar cogia un infusorio, y cortaba un cabello en el aire de manera que no lo mostrara tanto garbo y desenfado. Es propia de los malos criticos la habilidad para descubrir los defectos ~~más~~ ocultos; la envidia suele tener ojos de lince: donde no halla defectos, escatima, corrompe, finge sin rubor, y plaga de ellos la obra ~~más~~ pulcra y remirada. El mérito de los demas es una deuda para el envidioso: se vale de testigos falsos, y la cobra con danos y perjuicios. En quanto á las bellezas, no las quiere ver, y acaso no las descubre de buena fe; la ojeriza se las aparta de los ojos; y como procede con una vil trastienda, cual es el descrédito del

Unda Octopus

autor, no hace mención sino de las fealdades, echando tierra sobre los primores. O bien le falta el brío del ingenio, y aquel aliento largo y poderoso que necesitamos para descubrir y coger las perlas en el centro del océano: el alcornoque, la alga-ova y las impurezas del mar flotan hacia la orilla a la vista y la mano de cualquiera.* Estaba el marqués en lo jino de zarandear a Garcilaso, mondando y escardando sus églogas, como tenía de costumbre, cuando su hermano don Alejo Roman de Mayorga vino en su apoyo; y una vez que el primero no hubo dejado hueso sano a Jorge de Montemayor, a Gaspar Gil Polo ni a los Argensolas, el segundo trajo a la colada a Lope de Vega, y dijo: Miren vuestras mercedes esa reina de Francia que está pariendo en el primer acto; y en el siguiente sale su hijo el mancebillo Valentin ~~at~~ atusándose el bigote con aires a Hierabráis. Pues con razón se ha dicho:

Quien sin apuntarle el boso
 Salió en el acto primero,
 Saca al último unas barbas
 Como baron el barquero.

San Amaro endereza, en otra comedia, su camino hacia el paraíso terrenal, donde se deja estar doscientos

* Errors like straws, upon the surface flow;
 He who would search for pearls must drive below.
 Dryden.

hecho investido de la sabiduría que en tan arduos juicios requerimos. Ciencia, igual ó superior á la del autor; ¿cómo de otro modo juzgar de sus aciertos ó sus errores? Conviene mucha circunspección, dice el maestro de las humanidades, cuando tratamos de los ~~clásicos antiguos~~; no sea que por ignorancia vergamos á condenar lo que no entendemos. Es así; y aún por esto viene á ser indispensable el otro requisito, — la osadía, que presupone ciencia, sin la cual todo atrevimiento es declarada sandez ó locura. El segundo es la ~~benevolencia, virtud que no debe faltar ni en el pecho del juez de rigor, cuya obligación es quedarse á la estricta justicia, menos en el de los que en jueces se constituyen sin más título que su arrogancia, y por ventura sin el caudal de conocimientos necesario para tan gran negocio.~~ Yo pienso que no hay profesión más complicada y difícil que la del censor literario, por cuanto es maravilla encontrar uno en quien se hallen reunidas estas tres excelsas propiedades, — ciencia, benevolencia y osadía: un sabio bondadoso y atrevido que poniendo las cosas en su punto, sabe guardar el temperamento con el cual conviene de error, sin escarneer al que lo ha cometido, debe ser hombre de los nada comunes.

Y justamente, respondió don Alejo, es la ciencia más fácil y acomodadiza: la ciencia, digo, de juzgar á nuestros semejantes, y condenarlos, que sean buenos, que sean malos, si les tenemos envidia ó aversión; salvarlos y declararlos superiores, si son de los nuestros. Principios morales, políticos, literarios; pensamientos, conducta, to-